

Notas de «Nuestro Tiempo»

“Camino” y el Opus Dei

CAMINO es un libro que ha descubierto el Evangelio a millones de almas del mundo entero, que ha presentado al mensaje evangélico despojado de los tópicos que lo oscurecían, que le ha restituido en buena medida su dimensión siempre actual, viva.

Si vale acudir al testimonio personal —y lo personal aquí podría ser corroborado por innumerables testimonios similares que se retrotraen hasta 1928— uno no puede menos de recordar la inmensa sorpresa con que oyó, todavía alrededor del año 50, que un estudiante universitario podía «hacer oración», o la avidez con que leían *Camino* —casi lo deletreaban— personas cuya cultura apenas si había rebasado el analfabetismo. Evidentemente, como ha dicho alguna vez su Fundador, «ha transcurrido el período suficiente para que este apostolado del Opus Dei tenga el *bouquet* del vino bien logrado. Y os diré, siguiendo esta imagen de modo que se subraye nuestra libertad personal, que es un vino seco o dulce —siempre sin empalago—, que se toma frío o *chambré* o que no se toma. Pero, en todo caso, es un buen vino»¹.

Sólo Dios sabe el misterio que late en la pluma de algunos hombres. Del autor de *Camino* sabemos, sin embargo, lo principal: que es el Fundador del Opus Dei y que ha escrito el libro al filo de la vida cotidiana, al filo de su experiencia apostólica, extraído del contacto más profundo con la intimidad divina, mientras iba sembrando en personas de toda condición el mensaje cristiano «de paz y de alegría».

1. MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Cartas*, Roma, 31-V-54, número 1.

Ambas realidades —la vivida y la escrita, el Opus Dei y *Camino*— no sólo presentan así un estrechísimo nexo, sino que además se explican mutuamente. El libro, dirigido a todo hombre, no se acabaría de explicar sin tener en cuenta que en sus páginas late el alma, la personalidad, el deseo de servicio de un sacerdote a quien Dios Nuestro Señor ha confiado una misión específica y universal. A su vez, el Opus Dei, Asociación de fieles con una espiritualidad bien definida, aunque no esté toda ella contenida en *Camino*, es evidente que tiene en él un resumen de las líneas maestras de su *espíritu*, del espíritu evangélico que viene a difundir en el mundo, en las personas que viven *en este mundo*.

No podía dejar de advertirse esta íntima relación entre el Opus Dei y *Camino*, y el trabajo ² que da pie a este comentario supone un primer intento, una primera aproximación al tema indicado.

A mi modo de ver, el autor *ha* acertado planteando el tema en torno a la entraña teológica del libro, y muy particularmente al explicitar los datos que contiene *Camino* para una certera visión del cristiano corriente, de su misión eclesial —no eclesiástica—, de sus inmensas y específicas posibilidades de santificación en medio del mundo.

A trueque de repetir algunas de las ideas que sirven para enmarcar el presente trabajo, intentaré limitar este comentario a un punto solamente: el tema de la santidad personal como *motor* de la renovación de la Iglesia.

* * *

Asistimos a todas horas al inmenso espectáculo de una Iglesia, Esposa de Cristo, que se rejuvenece y renueva, que extrae de su inmenso y salvífico tesoro cosas viejas y nuevas según conviene (Mt. XIII, 52). Una empresa semejante, para la que el Espíritu Santo es iniciador y garantía, no podía llevarse a cabo sin desgarraduras ni dolores, sin balbuceos ni retrocesos parciales, sin un ánimo constante de fidelidad a la Palabra divina, cualesquiera que sean sus exigencias.

Una constante deberá, pues, presidir esa labor renovado-

2. PEDRO RODRIGUEZ, "*Camino*" y la espiritualidad del Opus Dei. «Teología Espiritual». Revista cuatrimestral de los Estudios Generales Dominicanos de España; mayo-agosto, 1965. Valencia.

ra: que el afán por las nuevas formas no lleve a desnaturalizar la propia misión de la Iglesia, a construir brillantes planteamientos intelectuales —explicativos o simbólicos— al margen de lo que es esencial a la vida cristiana: la conciencia de la filiación divina, el trato personal con Dios, la entrega sin reservas a Jesucristo.

Un intento semejante, aunque inconsciente, a la fuerza lleva consigo una ruptura con el «depositum fidei» que la Iglesia custodia, defiende y propone en orden a nuestra salvación, al tiempo que desconoce la íntima armonía entre la vida y la norma, garantías de la verdadera renovación cristiana. Ese primer aspecto, lo señalaba el Fundador del Opus Dei cuando escribía: «No somos nosotros personas que vamos adelante como atormentados por la impaciencia de destruir»³. Lo segundo, igualmente ilustrado por el autor de *Camino* hace ya años, se recoge en una de las notas finales del presente trabajo: «porque primero es la vida, el fenómeno pastoral vivido. Después, la norma, que suele nacer de la costumbre. Finalmente la teoría teológica, que se desarrolla con el fenómeno vivido. Y, desde el primer momento, siempre la vigilancia de la doctrina y de las costumbres, para que ni la vida, ni la norma, ni la teoría se aparten de la fe y de la moral de Jesucristo»⁴. Olvidar ambos aspectos no sólo puede llevar a comenzar a construir por el tejado, sino también a desconocer la «lex incarnationis» y caer en el más grosero de los historicismos o pseudointelectualismos.

Pues bien, estas coordenadas ayudan a comprender por qué *Camino* es un libro que se resiste a la lectura «informativa» y «crítica», cuando ésta aparece como actitud primaria. La razón es simple: como dice Pedro Rodríguez, el cristianismo es primariamente vida y testimonio que, en una segunda fase, se autocomprende y explica con el rigor del intelecto. También es, primariamente, doctrina. Pero, en su manifestación original, «doctrina» y «vida» van tan estrechamente unidas que los contenidos doctrinales se contemplan para ser «vivididos» (en el sentido noble y fuerte de la expresión) y se captan a través de sus manifestaciones vitales:

3. MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Cartas*, Roma, 31-V-54, núm. 1.

4. MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Cartas*, Roma, 19-III-54, núm. 9.

sible, la verdad y la vida que encuentra en la Revelación aceptada por la fe.

En tal sentido, *Camino* es un libro que nunca pierde de vista lo sustancial. Más aún: propone suave y fuertemente todo un programa de vida cristiana en medio del mundo, apoyada en algo tan rigurosamente básico como es la acción divina, la santificación personal, la gracia del Espíritu Santo. Y el lector atento, consciente de la crisis de santidad que padece el mundo, llega al último convencimiento, evangélico y operativo, de que «del fondo del corazón del hombre» es de donde salen todas las cosas que no merecen el título de humanas, que afean la creación y hacen sufrir a los demás.

Lo expresa muy bien el autor del trapafo que comentamos: Al plantear el Fundador del Opus Dei la tarea del «apóstol moderno» (cfr. *Camino*, 35), no se detiene en consideraciones sobre la situación política del mundo, sobre la presencia del marxismo, sobre la crisis de la cultura contemporánea, sobre los problemas que la nueva situación plantea tácticamente a la Iglesia... Todo esto, en el contexto de *Camino*, es algo que tiene —diríamos— una posterioridad lógica, ya que no tiempore cronológica. Hay algo, en cambio, que tiene prioridad absoluta, ateniéndose a la Revelación cristiana: la entrega personal al Señor de la Iglesia y del universo, la necesidad de ser santos. A partir de esta entrega debe contemplarse todo lo demás, porque todo en el mundo, radicalmente, se reduce a un problema de santidad personal: «Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de Santos» (*Camino*, 301).

Por desgracia, no todos entienden que buscar primero el reino de Dios significa, a su vez, vestirse «con el hombre nuevo, creado a imagen y semejanza de Dios, en verdadera justicia y santidad» (Eph. IV, 24). Y que ello, supuesta la gracia de Dios, requiere una correspondencia ascética considerable y continuada. De hecho, esa es la única garantía de no suplantarse la Persona de Cristo en la búsqueda del reino.

Quizá por no comprenderlo así, se ven a veces personas, animadas de una inicial buena voluntad, que se dedican a obras de apostolado con un celo evidente, pero no siempre buscando lo principal. Al menor descuido, llega un momento en que nadie sabe qué es lo que se hace porque Dios quiere, y qué lo que no tiene más justificación que la comprensible afirmación de valores meramente terrenos. A la postre, no se justificaría el bien que se pudiera hacer con el peligro de

testimonio. La segunda fase, la reflexión teológica sobre la doctrina y sobre la vida, tiende a satisfacer las innatas exigencias intelectuales del ser humano: el hombre quiere ordenar y profundizar *racionalmente* en la medida de lo posible a algunas almas, especialmente generosas, que se apartarían de la santidad, maltrechas quizá para siempre, al comprobar la falta de autenticidad de unas vidas relucientes desde lejos.

En tal sentido, si la santidad ha de brillar siempre por su ausencia, reconozcamos que ya no sabemos nada que sirva en este mundo. Pues si es cierto que los valores cristianos, para que sobrevivan y se inserten en cada época histórica, necesitan del esfuerzo de todos los bautizados, el combate no basta, ni el esfuerzo, para justificarlos. Es menester que el combate mismo esté justificado e iluminado por la bondad de esos mismos valores. Luchar por que la verdad sea acogida es necesario, pero cuidando al mismo tiempo de que no la maten las armas con que se la defiende o se la propaga.

Así, y a este doble precio, es como la palabra «santidad» torna a adquirir su sentido vivo. De ahí que el papel del cristiano que sabe esto consista en distinguir, en su propia vida, los límites respectivos de la naturaleza y de la gracia. Consiste, pues, en esclarecer personalmente el sentido sobrenatural de las cosas, para desintoxicar a los espíritus y apaciguar los fanatismos modernos, aun en contra de la corriente.

Y para que se vea una vez más que la palabra «santidad» alude a algo muy concreto, distinto del tópico y de la caricatura usuales, el autor del presente estudio no vacila en consignar unas palabras extraídas de otros escritos del Fundador del Opus Dei con las que también quisiéramos cerrar este comentario: «Y si a la vista de nuestra debilidad, de nuestros errores personales, se alza un sentimiento de impotencia —siendo yo como soy ¿puedo consagrar el mundo?— habéis de oír en seguida un sí terminante, que resonará en vuestra cabeza y en vuestro corazón: *sufficit tibi gratia mea*, te basta mi gracia»⁵.

VICTOR DE REINA

5. MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Cartas*, Roma, 31-V-54, núm. 27.